
Francisco Lameyer, pintor y dibujante

ANTONIO SOLANO RUIZ

A la muerte de Francisco de Goya la pintura española inicia su andadura a través de los amplios caminos que el genial artista de Fuendetodos había desbrozado.

Entre los artistas que se imponen esta tarea está Francisco Lameyer y Berenguer, pintor sobre el cual nos proponemos aclarar algunos puntos oscuros sobre su vida y obra.

APUNTES BIOGRÁFICOS

Nació Francisco Lameyer y Berenguer el 13 de septiembre de 1825 en el Puerto de Santa María, siendo bautizado tres días más tarde en la parroquia de Nuestra Señora de los Milagros, sita en la misma ciudad¹. Sus padres, Francisco Lameyer Marconie y María del Belén Berenguer Rodríguez de Nava, ambos naturales de Cádiz, habían contraído matrimonio en la misma parroquia el 2 de enero de 1824². Su ascendencia, como se puede comprobar, era de origen francés y catalán, aspecto éste que no debe extrañar ya que esta zona española acogió en siglos anteriores a un considerable número de inmigrantes atraídos por el comercio marítimo con las indias. Contrariamente a lo que

se venía afirmando, su padre nunca fue marino aunque debido a su trabajo estuvo relacionado con esta actividad.

Era Francisco Lameyer el segundo de cuatro hermanos, tres varones y una hembra, nacidos en 1824, 1827, ella, y 1832 respectivamente³. Inició sus estudios en el Puerto de Santa María trasladándose posteriormente a Madrid donde comienza sus servicios en el Estado, concretamente dentro de la carrera de Hacienda. Permanece en ella hasta el 8 de mayo de 1843, fecha en la cual es nombrado Oficial 2.º del cuerpo administrativo de la armada. Normalmente la escasa bibliografía que sobre este artista existe viene a señalar que fueron escasos los años que permaneció en esta carrera pero lo cierto es que lo hizo hasta el 14 de febrero de 1861, es decir, casi dieciocho años. En 1841 inició sus colaboraciones como ilustrador de textos de nuestros clásicos, durando estas colaboraciones hasta el año 1846 en que de una forma paulatina van disminuyendo al tener que dedicar más tiempo a sus obligaciones dentro del cuerpo administrativo de la armada. En 1848 pasa a ejercer la Contaduría Principal del departamento de Cádiz y un año más tarde, concretamente el 18 de marzo de 1849, es nombrado contador de vapor Lepanto, en el que permanece dieciocho meses durante los cuales viajé por el Mediterráneo. Según nos señala Félix Boix

¹ Según consta en el libro 109, folio 68 de la parroquia de Nuestra Señora de los Milagros, sita en el Puerto de Santa María (Cádiz).

² Según consta en el libro 2 secretos, folio 62 de la referida parroquia.

³ Según consta en los libros 108, 110 y 112, respectivamente.

en su artículo biográfico en la revista *Raza Española*⁴ formó parte de la expedición, llevada a cabo por el General Fernández de Córdova, en ayuda al Sumo Pontífice junto con Estévez Calderón, pero lo cierto es que de esta época sólo se puede afirmar su paso por Nápoles a través de un retrato realizado a un compañero estando fondeado el buque en esta ciudad y que actualmente se conserva en el Museo de la Marina.

En 1854 inicia, después de permanecer cuatro años en Madrid, el viaje que habría de llevarle a su nuevo destino: el apostadero de Cavite (Filipinas). Tardó tres meses en realizar este viaje al tenerlo que efectuar a través de Suez, por no encontrar buque apropiado, cuando lo normal era realizarlo por el Cabo. Fue durante la realización de este viaje cuando Lameyer establece contacto con el paisaje de Extremo Oriente que luego tendría reflejo en sus dibujos y aguadas. La decisión de aceptar su destino en las Filipinas fue motivado principalmente por dos causas: su afición por los viajes y la de acompañar a su hermano Federico, el benjamín de la familia, que poseía negocios en aquellas colonias. Para entonces ya había sido ascendido a oficial de 1.ª y poco tiempo después, en 1855, a comisario de guerra honorario. Viaja Lameyer desde Cavite a los distintos países del lejano Oriente, razón por la cual la familia conserva aún recuerdos de estos viajes recibidos a través de la herencia del pintor.

Regresa en 1857 a la Corte con objeto de reponerse de una enfermedad de tipo reumático que paralizaba durante largas temporadas sus extremidades y aunque fue destinado al departamento del Ferrol procuró no tomar posesión hasta prácticamente su retiro. En 1860 es destinado de nuevo a las Filipinas pero su enfermedad, el triste recuerdo de su hermano, asesinado en aquellas tierras, y el permanecer al lado de su madre, ya viuda, le inclinan a pedir su retiro que le es concedido con fecha de 14 de febrero de 1861⁵. Se cierra así el primer ciclo en la vida de Lameyer que a partir de este momento va a dedicarse exclusivamente a pintar y a viajar. El carácter introvertido y huraño del ar-

tista ha dado lugar a que apenas queden reseñas de sus viajes pero se puede afirmar que dos fueron sus países preferidos, Francia y Marruecos. En los tres últimos años de su vida, Lameyer definitivamente enfermo, reside con su madre en la calle de Amaniel, 7 (Madrid), donde fallecería el 3 de junio de 1877 a los 51 años de edad, siendo repartido su legado entre sus sobrinos pues su madre había fallecido pocos meses antes.

OBRA

La obra de Lameyer se puede dividir en dos aspectos: técnica y cronológicamente. Técnicamente realizó dibujos, grabados y óleos. Cronológicamente podemos dividirla en anterior y posterior a 1861.

Lameyer fue un artista autodidacta pues no consta en archivo ni escrito alguno su paso por la Academia ni por taller de pintor alguno; este aspecto le conduce a serias deficiencias en sus composiciones aunque su especial trazo unido a su talento de artista creador y castizo permanezca en gran parte de sus obras. Goya, Delacroix, Alenza y Fortuny inspiran la obra del artista a su vez basada en el color y la temática. Lameyer nunca se planteó problemas esenciales tal como hicieron otros artistas de su época pero tampoco cometió la equivocación de quedarse anclado en pasajeros éxitos.

La obra de Lameyer como dibujante e ilustrador de libros fue realizada principalmente entre 1841 y 1846, pudiéndose resumir en la siguiente manera:

El gran tacaño (El buscón), Madrid, 1841. Ejecuta una docena de dibujos con muy variado resultado, destacando entre ellos el titulado «Tacaño».

El Lazarillo de Tormes, Madrid, 1844. Comienza en esta obra sus colaboraciones con Vicente Castelló ilustrando prácticamente todo el libro con un número superior a las 150 ilustraciones. Lameyer nos muestra ya la línea nerviosa y sintética que caracteriza su obra gráfica, consiguiendo en dieciocho de sus trabajos una ejecución dentro del más alto nivel en la obra gráfica del momento.

Siglo Pintoresco, Madrid. Inició sus colaboraciones en 1845 con una serie de alegorías de meses que van desde abril a diciembre. El artista actuó con una profunda imaginación la misma que empleó en sus ilustraciones de tinte romántico para Romances, *La Princesa de Viana*, *La historia de*

⁴ «Francisco Lameyer. Pintor, dibujante y grabador». *Raza Española*, Madrid, 1919, pág. 63.

⁵ Expediente del oficial 1.º Francisco Lameyer Berenguer, procedente del Archivo-museo de la Marina de Guerra, D. Álvaro de Bazán, El Viso del Marqués (Ciudad Real).

Pizarro o el *Cuento del pescador*. Las colaboraciones continuaron a lo largo de 1846, coincidiendo con las realizadas para el *Semanario Pintoresco*, publicación paralela a la anterior.

Rinconete y Cortadillo, V. Catello, Madrid, 1846. Apenas aporta nada nuevo respecto a anteriores ilustraciones. En este caso fueron veinte las realizadas.

Escenas Andaluzas, Madrid, 1847. Ilustró Lameyer la totalidad del libro, pudiéndose considerar como la obra clave dentro de las ilustraciones de este artista. Efectuó más de cien dibujos de entre los cuales 20 son de interesantísima ejecución en especial los referentes a *La Celestina* sin que en nada desmerezcan otros como *El Roque y el Bronquis*, *Un baile en Triana*, *Asamblea General*, *El Bolero*, etc. Una obra, en suma, fundamental dentro de las ilustraciones españolas del siglo XIX.

El grabado al aguafuerte constituye otra de las facetas fundamentales dentro de la obra de Lameyer. Se conocen dos series fundamentales, la primera constituida por veinte dibujos, grabados con una técnica incipiente e intentando agudizar los claros-curos en una búsqueda, con seguridad, de técnicas goyescas. Una de estas series está en manos de la familia Lameyer aunque muy repartida y la otra en el Museo del Prado, Sección de Arte Español del siglo XIX. La segunda y ya perteneciente a la segunda etapa cronológica de este artista, es la tirada en París por el editor Cadart, muy superiores en calidad técnica y de la que sólo restan ejemplos dispersos. Es interesante señalar la habilidad de Francisco Lameyer para grabar temas inspirados en el arte holandés y en especial del pintor A. Van Ostade siendo realmente difícil su identificación a no ser por el especial toque de línea que le es propio al artista.

La segunda etapa cronológica comienza a partir de su retiro en el año 1861. Comienza a realizar óleos, técnica hasta entonces escasamente empleada por el artista, intensificando paralelamente sus viajes. En París convive con artistas españoles que en la década de los sesenta allí residían, especialmente con Federico de Madrazo quien le realizó

un magnífico retrato. De su estancia en París recogió profundas influencias del pintor Delacroix al cual imitó con indudable habilidad en algunas ocasiones, así como en otras no pasó del mero «pastiche». Parte de estas obras están hoy en día en manos de la familia Vindel que a su vez las compró a Félix Boix, gran coleccionista de la obra de Lameyer.

Marruecos igualmente tuvo gran influencia en la obra pictórica del artista; allí coincidió con el catalán Mariano Fortuny que a su vez habría de influir notablemente en la obra de Lameyer. Tanto en sus óleos como en las aguadas y dibujos coloreados, realizados casi todos en la última etapa de su vida, el color y la luz adquiere importancia fundamental aunque el artista siga conservando serias deficiencias compositivas. Claro ejemplo de lo reseñado son los dos óleos que conservan el Museo de Lisboa y el del Prado, sección del siglo XIX, en los que si bien el color predomina en la composición, la figura humana apenas encuentra soluciones espaciales cayendo en agobios innecesarios. De semejante factura es un lienzo representando la plazoleta de un zoco, hasta hace poco en el hotel Colón de Sevilla y hoy en día en manos de un coleccionista privado.

En general la obra en lienzo de Lameyer, más de un centenar de obras, se halla muy dispersa, principalmente a raíz de la Guerra Civil, siendo prácticamente imposible reseñar aquí sus diferentes localizaciones.

La obra de Lameyer constituye en definitiva un firme eslabón en la controvertida pintura española del siglo XIX. Introvertido las más de las veces, audaz en otras, copista habilísimo, creador constante, erudito histórico, castizo con énfasis, fue Lameyer un artista que hizo de su vocación, la pintura y el dibujo, un sendero por el que transcurrió por encima de enfermedades, desgracias familiares o cualquier otro contratiempo. Su obra, como ya hemos señalado, dispersa y un tanto olvidada, puede brillar hoy, a un año del centenario de su muerte, con luz propia, semejante a lo acontecido a otros artistas contemporáneos a los que en nada desmerece.